

Mi abuelo y yo

Todos los días estábamos allí, en aquella habitación de la vieja casa de los abuelos. Mi abuelo ya era mayor, pero le seguía gustando pasar las tardes conmigo jugando al ajedrez. Él me contó que cuando era joven siempre ganaba a sus amigos de facultad.

Desde que mi abuela falleció mi abuelo ha estado solo, no quiso venir a nuestra casa a 12 km de allí. Todos los fines de semana los viajábamos para poder estar con él.

Nosotros dos nos quedábamos jugando, mientras que mi madre y mi padre quedaban con los viejos amigos del pueblo.

Yo siempre me enfadaba con él porque no me dejaba ganar ni una sola vez, pero me lo pasaba bien con sus bromas y tonterías de anciano.

Un fin de semana que nos disponíamos a ir a visitarlo, la vecina del abuelo llamó diciéndonos que le estaba llamando a la puerta y nadie abría. Nos pusimos muy nerviosos y nos dirigimos dos horas antes de lo previsto hacia el pueblo. Al llegar, mi padre abrió la puerta, ya que disponía de llaves y allí estaba, tumbado en el suelo inconsciente. Enseguida entre mi padre y mi madre lo cogieron y lo tumbaron en el asiento trasero del coche. Yo estaba allí, sentada a su lado, él, tenía su cabeza apoyada en mi hombro y con solo pensar que a lo mejor no volvería a jugar nunca más con él, me entraban escalofríos.

El médico nos dijo que estaba en estado crítico, pero yo seguía teniendo esperanzas. A los tres días me dieron la noticia, ya no volvería.

No podía ser cierto, mis ojos lo negaban, estaba allí en aquella habitación en la que tantas tardes pasamos juntos.

Pero si era él; estaba sentado en su sillón enfrente de mí y mirando el ajedrez como si quisiera jugar conmigo.

Empecé a mover una figura, pero no hubo respuesta, no movía ninguna.

Es verdad por una vez en la vida no sabía que figura mover, me miro y me dijo que la moviera por él. Al cabo de media hora más o menos, gané la partida, me levanté y le di un abrazo. En ese mismo momento cuando di un grito de alegría, mi madre entró sin saber que pasaba, al contárselo me miro y me dijo que el abuelo ya no estaba aquí con nosotros, pero que estaba bien que lo recordara. Yo me enfadé, no estaba loca, el abuelo estaba con nosotros como siempre.

Seguimos yendo a casa del abuelo todos los fines de semana, y ya llevo ganadas veintitrés partidas, pero el abuelo aún se ríe como lo hacía siempre.

FIN